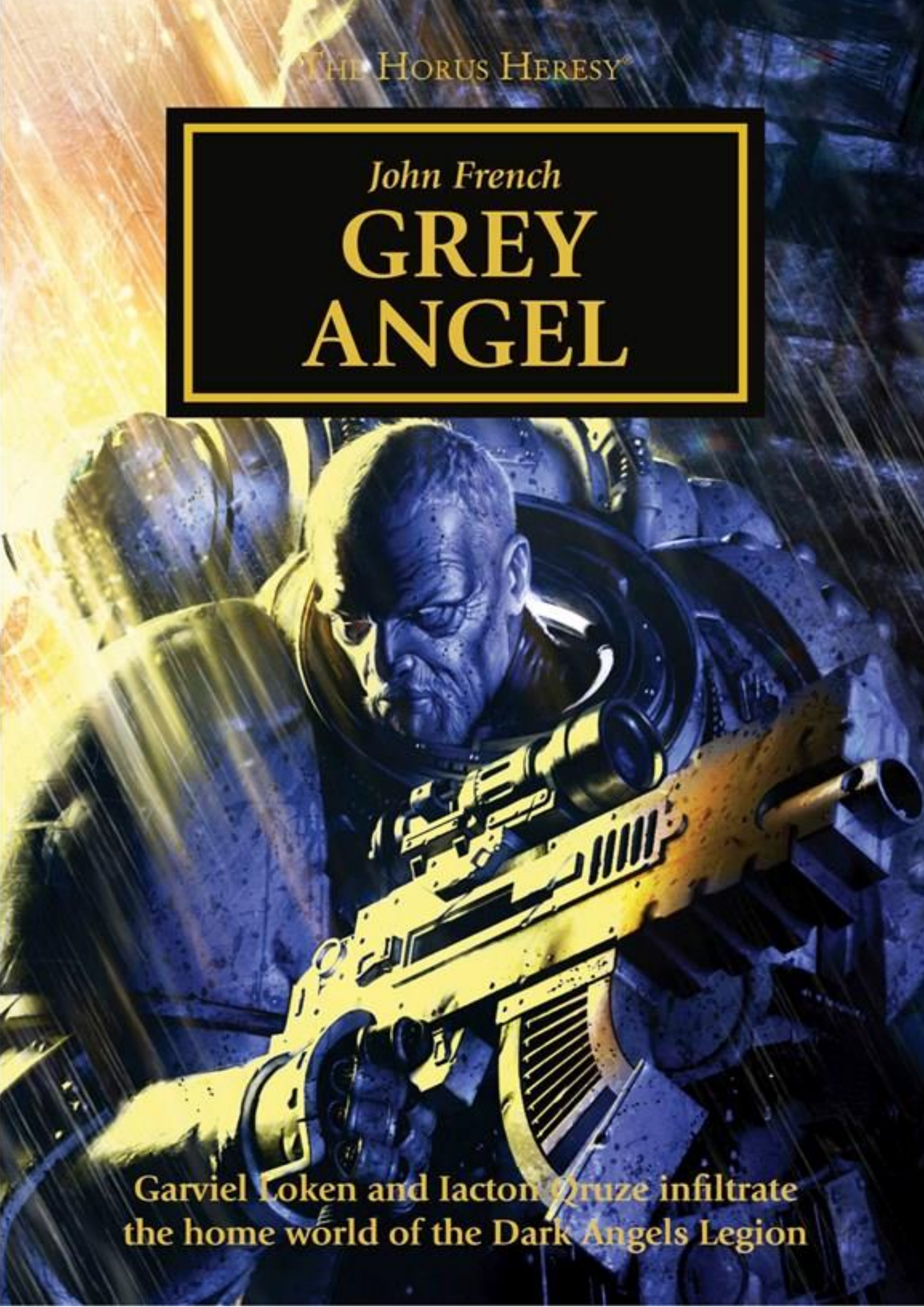


The Horus Heresy
John French
GREY
ANGEL
Garviel Loken and Iacton Qruze infiltrate
the home world of the Dark Angels Legion



LA HEREJÍA DE HORUS

ÁNGEL GRIS

JOHN FRENCH

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Caballeros Grises

GABRIEL LOKEN	Caballero errante, antiguo Lobo Lunar
IACTON QRUCE	Caballero errante, antiguo Lobo Lunar

La Legión de los Ángeles Oscuros de Cáliban

LUTHER	Señor de Cáliban
ÁNGEL ESQUELÉTICO	Ángel Vigilante y olvidado

Xenos

VIGILANTE	Vigilante de Cáliban

El prisionero alzó la mirada cuando la puerta de la celda se abrió. Unas cadenas gruesas como la muñeca de un hombre lo apresaban contra la pared de piedra, colgando sobre él como serpientes de escamas oxidadas. Habían desactivado su servoarmadura, y su peso muerto le inmovilizaba el cuerpo como un juego de grilletes. La pequeña celda estaba excavada en la roca negra, y las paredes brillaban húmedas cuando una figura entró portando una antorcha. El fuego iluminó los ojos del prisionero, y las llamas reflejadas en sus profundidades se centraron en la figura frente a él. Una túnica de un gris oscuro la cubría, pero el prisionero pudo entrever una boca que sonreía entre las sombras más allá de la capucha que le ocultaba la cara. La puerta de hierro se cerró, y un cerrojo sonó tras ella. Repentinamente la celda quedó en un profundo silencio, roto sólo por el crepitar de la antorcha.

—Así que sois aquel a quien han capturado… He venido para haceros unas preguntas. Estoy seguro de que entendéis que tenga que ser así.

—Haz lo que debas. No temo tus métodos.

La figura dejó escapar una suave risa.

—He venido para encontrar respuestas, no para cortaros en pedazos.

La figura se acercó al prisionero, y éste pudo ver dos líquidos ojos negros centelleando desde el interior de la capucha. Era una cabeza más baja que un marine espacial, aunque su anchura era similar gracias a la masa de la servoarmadura y la túnica. El prisionero parpadeó. Su visión era muy aguda, pero era como si su mente no pudiese enfocar a su interlocutor, como si algo en él no pudiera resolverse. La figura dirigió su mirada a la sombría esquina de la celda como si estuviera esperando algo.

—¿Qué tipo de preguntas hacen necesario que me encadenéis?

—Preguntas sobre lealtad.

La figura acercó la antorcha, dejando que la luz se derramase sobre la bruñida y gris superficie de la servoarmadura del prisionero.

—Vestís la armadura de combate de las legiones, pero sin heráldica ni marca de fidelidad alguna. Aquellos ante quienes nos arrodillamos definen quiénes somos.

Ese es el orden natural de las cosas. Sois un individuo indefinido, vuestra lealtad es desconocida, y habéis entrado en mi reino. En el mejor de los casos sois un misterio; en el peor…

—¿Esto es un interrogatorio o un sermón?

—¿Tiene que ser uno de los dos? Un interrogatorio implicaría que somos enemigos, y no quiero creer eso. Un sermón implicaría que mi intención es persuadiros de algo, y no tengo necesidad de ello. Simplemente estoy expresando lo que sé que es cierto.

El prisionero mostró las manos en un gesto que hizo tintinear los eslabones.

—Estas cadenas indican otra cosa.

—Hubo un tiempo en este mundo en el que presentarse sin previo aviso en un dominio ajeno suponía la muerte. Agradecedme que os haya permitido conservar la armadura.

La figura se acercó a la pared y colocó la antorcha en un blandón de hierro. Su luz se reflejó sobre unos guanteletes negros embellecidos con filigrana de oro. La oleosa luz de la antorcha alejó la oscuridad de la pared y el prisionero pudo ver su bólter y su espada sierra apoyados en ella.

—Las cadenas son una mera precaución. Os estoy teniendo toda la consideración que puedo y no me habéis correspondido ni con la más mínima cortesía. Ni siquiera me habéis dicho vuestro nombre.

El prisionero echó la cabeza atrás, apoyándola en la pared y notando la fría humedad sobre su cuero cabelludo.

—Mi nombre es Cerbero.

La figura dejó escapar de nuevo aquella suave risa.

—Ah, una leyenda de la antigüedad… Como queráis. Corresponderé al honor que me habéis hecho. Mi nombre es Luther. Y descubriré qué os ha traído a mi reino.

Iacton Qruze se detuvo en la sombra que proyectaba la pared y escuchó. Su servoarmadura era de un gris fantasmal en medio de la noche, y la única marca que llevaba se perdía en la penumbra y la lluvia que caía. Se quitó el casco, dejando que sus sentidos saborearan el aire nocturno, notando el olor del relámpago que se formaba.

Cerniéndose sobre él, la fría piedra de la fortaleza de Aldurukh parecía alzarse cubierta de lágrimas contra el duro cielo. Había penetrado las defensas exteriores, pero sabía que el número de guardias, sensores y demás sistemas de seguridad sólo se incrementaría a medida que se introdujera más profundamente en ella. Estaba afrontando un riesgo muy elevado, pero el tiempo y la posibilidad de un fracaso total habían forzado su mano. *Por la necesidad*, la consigna de los últimos años, tan amarga e innegable como siempre.

Llevaba días en Calibán, moviéndose en la oscuridad, escuchando, vigilando, intentando dar con lo que necesitaban saber, con lo que habían venido a buscar. El León había ordenado regresar a su mundo natal a una parte de los Ángeles Oscuros bajo el mando de Luther. Eso había sido antes de que Horus iniciara su rebelión. Calibán había permanecido inquietantemente silencioso desde entonces. En mitad de una guerra de traición, ese silencio podía significar nada o muchas cosas.

Era una cuestión que habían venido a resolver, pero se estaban quedando sin tiempo. Los Ángeles Oscuros habían capturado a Loken. *No*, pensó: Loken había dejado que lo apresaran. Qruze había considerado aquella acción una estupidez: se trataba de una jugada peligrosa. Había esperado cuanto había podido para ver si Loken lograba liberarse, si su plan había funcionado. Si Loken había logrado encontrarse con Luther y había logrado determinar su lealtad, entonces podrían entregar su mensaje y moverse al descubierto. Pero no había habido señal alguna y había pasado demasiado tiempo. Ahora la jugada de Qruze debía ser aún más arriesgada.

Nada se movía en el patio más abajo. Sólo se oía el viento y el repiquetear de la lluvia sobre la piedra. Se deslizó hacia adelante, la masa de su servoarmadura moviéndose con un suave susurro. Su equipo de combate podía parecer el mismo que el del resto de las legiones astartes, pero una mirada aguda pondría de relieve las diferencias: la marca única de un gran artífice era patente en su simplicidad. Qruze se movió hasta el borde del parapeto, avanzando agazapado, notando la lluvia deslizarse por los surcos en sus mejillas.

Un relámpago iluminó el cielo y rugió con furia sobre la fortaleza. Qruze se dejó caer del parapeto, el sonido del impacto sobre la piedra bajo él devorado por el eco del trueno. Miró a su alrededor, descansando la mano sobre el bólter fijado magnéticamente a la placa del muslo.

Nada.

Se movió a lo largo del perímetro del patio, manteniéndose al abrigo de las sombras, dirigiéndose a la luz oleaginosa de las antorchas que guardaban el arco que daba acceso al interior de la fortaleza. Estaba apenas a tres pasos de la puerta cuando oyó las pisadas. Se quedó quieto, aferrando la empuñadura de su arma.

Una figura emergió del umbral, la luz de las antorchas recortándola como una silueta reverberante. Qruze podía ver trazada la silueta de las hombreras de una servoarmadura bajo la capa de piel que ondeaba agitada por el viento. Unas cortas alas se proyectaban desde las sienes del casco de máscara plana, y una espada envainada descansaba colgada de su hombro derecho. La lluvia recorría la hoja, y los reflejos de las llamas de las antorchas la hacían parecer una espada de fuego líquido.

Qruze contuvo la respiración, notando cómo aumentaba el ritmo cardíaco de sus corazones. El ángel oscuro alzó la cabeza, las lentes rojizas de sus ojos fijas en el cielo. Un rayo iluminó el patio y al astartes envuelto en su capa. Qruze podía sentir las oleadas de adrenalina, fría y aceitosa, en sus propios músculos. Con un acto de voluntad obligó a su pulso a descender. Dentro de sus guanteletes los dedos casi le temblaban.

El ángel oscuro bajó la mirada y recorrió el patio con la vista. Qruze permanecía inmóvil en las sombras. Se vería obligado a disparar al marine espacial si éste se daba la vuelta. Tendría que ser un disparo limpio y mortal, veloz y preciso, un único proyectil en el instante anterior en el que el centinela alzase su bólter. En su mente Qruze simuló aquella acción, concentrándose en la coordinación con el blanco, repasando aquel movimiento inevitable. Podía ver las gotas de lluvia golpeando la pálida piel de la capa que colgaba de los hombros del ángel oscuro. Qruze no había viajado hasta allí para matar, pero lo haría si fuese necesario. Se trataba de un hermano astartes cuya lealtad aún podría ser auténtica, pero aquello no alteraba la necesidad de la acción. En la guerra que ahora luchaban tales cosas no significaban nada. Visualizó el proyectil de punta de mercurio perforando el visor del guerrero, la súbita tensión de sus piernas. Tendría que correr inmediatamente

después de haber disparado para sostener el cuerpo y evitar el ruido que haría al golpear el suelo.

El ángel oscuro se dio la vuelta y volvió al interior de la fortaleza. Qruze escuchó cómo sus pasos se alejaban, exhaló lentamente y dejó que sus músculos se relajaran.

Percibió el brillo del filo de la hoja un instante antes de que se activase su campo de energía. La estática de la punta le cosquilleó en la sien y se quedó paralizado.

—No te muevas —le susurró una voz entre el zumbido eléctrico de la hoja que le inundaba el oído.

Sobre su hombro izquierdo pudo ver parcialmente unos rasgos enjutos y afilados y una boca lúgubre sugeridos bajo una pesada capucha.

Lo habían descubierto, y eso significaba que todos los aspectos de la misión habían quedado comprometidos. La verdad y la lealtad ahora eran irrelevantes. Tendría que matarlo, pero dada la habilidad que debía de poseer su enemigo para haberlo sorprendido tan completamente, aquella no sería una tarea fácil. Qruze tragó saliva. Necesitaba anular la amenaza de la hoja de energía para poder moverse.

—Puedes hablar, pero si realizas cualquier otro movimiento morirás.

—Entendido.

—Bien. Ahora dime, ¿por qué estás aquí, Iacton Qruze?

—No van a venir a buscaros.

Loken permaneció en silencio. Había llegado hasta allí para hallar la respuesta a una sencilla pregunta: ¿de qué lado estaban los Ángeles Oscuros de Calibán? ¿Con el Emperador, o con Horus? El mismo Rogal Dorn había exigido una respuesta y, junto con su hermano Iacton Qruze, Loken había partido en su busca.

Pero la respuesta no era tan simple. Haber estado al borde de la muerte en Isstvan III le había proporcionado un instinto, un sexto sentido para percibir la corrupción de la disformidad. Al encarar a Luther podía sentir la perturbación de las energías del inmaterium, la caricia subyacente de la tentación. No era un psíquico, pero en ese momento le pareció que podía ver más allá de los sentidos mortales, como si su vista pudiese percibir un espacio totalmente distinto del material. Los ojos de Luther permanecían fijos en él, sin parpadear. Loken sacudió la cabeza, y dirigió la

mirada hacia una de las oscuras esquinas de la celda. La sensación era insustancial, pero Loken podía sentirla en cada una de las palabras de Luther, saborear en su tono de reserva la sombra de intrigas largo tiempo acaecidas. Podía verla reflejada en el hecho de su propia cautividad en las mazmorras de los Ángeles Oscuros.

—He venido solo.

Luther sonrió, como en respuesta a una broma sutil. Se acercó a él y retiró la capucha de su cabeza. Su cara era dura, pero sin la basta brutalidad de los marines espaciales: era humana todavía, al menos en parte. Había franqueza en aquellos rasgos, un aire de suprema confianza vinculada a un agudo intelecto. Era la cara de la fidelidad y la hermandad, la cara de alguien en quién se podía confiar, alguien a quien seguir hasta el final. Loken había oído hablar de las cualidades de Luther como líder; de aquello hacía mucho tiempo, pero al mirar al ángel oscuro era evidente que su reputación coincidía con la esencia de aquel hombre. Era un punto de apoyo sobre el que se elevaban lealtades y conquistas. Un poder así era el que había unificado Terra y creado el Imperio. Mirando en los oscuros ojos de Luther, Loken comprendió que él había visto aquella cualidad antes: por un instante, le pareció que estaba viendo al propio Horus, el Horus de una época más noble.

Luther se dio la vuelta y se acercó a un banco de piedra que recorría la pared opuesta. Se sentó, con la vista perdida a una distancia imaginaria.

Loken lo miraba, su mente repasando estrategias, preguntas y posibilidades. Se había arriesgado mucho al dejarse tomar prisionero. Podían haberlo matado. Pero era el único medio para que aquel encuentro ocurriera. Sin embargo, llegado a este punto tenía que tomar una decisión que no había anticipado.

—¿Sueñas, Cerbero?

—Sí, lo hago.

—¿Y con qué?

—Sueño… con mis hermanos.

—¿Y quiénes son ellos? Los hermanos de tus sueños… ¿quiénes son?

—Los muertos.

Luther dejó escapar un lento suspiro.

—Yo no puedo soñar. Desde que el Imperio me cambió no he podido soñar. Aunque recuerdo cómo era.

Luther asintió y Loken se sorprendió al contemplar su expresión: había una luz de comprensión en los ojos de Luther, comprensión y pena.

—Ésta no es la primera vez que te han abandonado a tu suerte, lo veo claramente en tus ojos.

Loken sintió como si las palabras de Luther hubieran levantado la piel de una cicatriz que cubriera el pasado, como si todo ese tormento fuera una especie de insecto clavado a una tabla para que Luther lo inspeccionara. Recordó el cielo cayendo sobre él, y a sí mismo cayendo con él. Recordó la cara de Tarik, sonriendo ferozmente por última vez, y el viento de Isstvan portando el hedor de la hermandad asesinada. Horus lo había traicionado, había intentado matarlo y luego lo había abandonado en un mundo asesinado.

—Eso te roba una parte de ti mismo, ¿verdad? Notas algo árido, un hueco en tu interior. Se suele decir que duele, que el alma sangra por ese dolor…

Loken intentaba volver a traer su mente al presente, pero no lo conseguía. Lo habían dejado entre las cenizas y las ruinas corruptas, entre los muertos, los caminantes malditos del inframundo. Y lo habían traído de vuelta para luchar en una guerra de venganza y futuros rotos.

—…pero eso no es cierto. Que te abandonen no deja dolor. Todos deseamos eso porque sería mejor que la verdad. La verdad es que no deja nada: ni esperanza, ni dolor, ni perdón.

Loken guardó silencio. Podía sentir sus músculos tensándose en el interior de su servoarmadura, empapados del sudor que habían provocado los estimulantes que recorrían su flujo sanguíneo. Exhaló lentamente, instando a su cuerpo a que se calmase.

Luther lo miró más atentamente. Tras una larga pausa frunció el ceño y se puso en pie. Tomó la antorcha del blandón de la pared y se acercó a él hasta casi ponerse al alcance de su mano. Le acercó al luz, y el calor le lamió la cara.

—Hay algo en vuestro rostro… Estoy seguro de que nos hemos encontrado antes.

Luther inclinó la cabeza y dio un paso atrás.

—¿En Cadensin, quizá? Oh, aquella sí que fue una batalla… Los guerreros de la VII Legión desplegados por el campo, las líneas enemigas tan densas que avanzaban convirtiendo en pulpa los cadáveres bajo sus botas. ¿O… Saromand? Sí, tal vez fue allí. Luchamos junto a los Lobos Lunares, guerreros valientes, veloces como un golpe de lanza y duros como la roca de Cthonia. Si, quizá fue allí.

Loken le devolvió la mirada a Luther sin que sus ojos revelasen nada. En su interior los recuerdos se desplegaban. Cadensin, el León alzando su espada a los cielos mientras el fuego de la batalla negaba la oscuridad de la noche. Saromand, donde Loken había luchado junto a sus hermanos y había visto a Luther seguir a Abaddon en medio de los reductos enemigos. No había sido más que unas décadas atrás. Loken sintió frío: no debería haber venido a Calibán. Luther no era un hombre a quien se pudiese juzgar con una mirada. Estaba ocurriendo algo más importante a su alrededor, algo independiente de la guerra que se estaba librando, y que lord Dorn no había imaginado.

—¿Recordáis los campos de batalla de Saromand?

—No recuerdo nada.

—Hay algo del feroz acento cthonio en vuestras palabras, Cerbero.

Loken apartó la mirada y Luther sonrió, su boca abriendo una brecha de sombra bajo la luz de la antorcha.

—Así que… ¿qué os ha traído hasta aquí, obcecado vástago de Cthonia?

Loken lo miró incapaz de ocultar su inquietud por más tiempo. ¿Habían estado equivocados? ¿Las noticias de la rebelión de Horus habían llegado ya a Calibán?

—Las legiones astartes no luchan contra los suyos, ni se introducen como espías en los reinos de otros. Os he preguntado por qué habéis venido aquí y no me habéis respondido nada. Así que ahora me pregunto quién os ha enviado. ¿El León, mi hermano juramentado? —un ligero temblor de rabia resonó en sus palabras—. ¿Duda de que siga cumpliendo con mi deber, con este singular honor que me concedió?

Por un momento Loken creyó ver algo recorriendo la cara de Luther, algo oscuro y furioso bajo la máscara de autocontrol. Pero Luther negó con la cabeza, con la vista fija en la oscuridad. Loken sintió otra vez el fiel de la balanza del destino en aquella pequeña celda, rodeado de espadas afiladas y rugidos de ambición. Y después aquella impresión desapareció, sumergiéndose de nuevo en aquel pantano de sensaciones indefinidas.

—No… no mi hermano. No el León. ¿Quién, entonces? ¿Y por qué? —Luther meditó unos segundos—. ¿Traéis un mensaje para mí? ¿Es eso?

Eso era algo de lo que Iacton y Loken no estaban seguros. Si fuera seguro que la influencia de Horus aún no se había extendido hasta Aldurukh todo habría sido más fácil. Dorn le había confiado un mensaje para entregarlo a los Ángeles Oscuros de Calibán solamente en caso de que estuvieran libres de traición.

—¿O sois vos mismo el mensaje?

Loken abrió la boca. Notó cómo las palabras se formaban sobre su lengua: la revelación de la traición de Horus, la guerra que dividía el Imperio y la llamada a la I Legión para que reafirmaran su lealtad al Emperador. Podía liberar esa verdad, apenas eran unas pocas palabras. Sintió la tentación, la necesidad de resolver la pregunta irresuelta. Pero la oscuridad y los secretos envolvían el hogar de los Ángeles Oscuros: Loken aún podía sentirlo como los vientos de Isstvan. Pensó en la inteligencia y el poder de Luther y las sospechas inherentes a sus preguntas. Loken había sido una vez un guerrero, capaz de resolver tales dudas con la simple lógica marcial de la guerra. Ahora sólo seguía suposiciones y medias verdades. ¿Cómo podía estar seguro de las consecuencias que tendrían sus palabras?

—Yo no soy nada —dijo al final.

Luther asintió lentamente, sus ojos como esquirlas de obsidiana sobre el pálido mármol de su rostro.

—Muy bien.

Su túnica se retorció cuando le dio la espalda y se dirigió a la puerta de la celda.

—Volveré, Cerbero, vástago de Cthonia. Y cuando lo haga decidiré lo que sois. Y si sois un heraldo de traición, descubriré quién se ha vuelto en mi contra.

[redacted]

Loken cerró los ojos y dejó que la oscuridad que lo rodeaba fuese completa. Tenía que escapar. Había tomado su decisión: el mensaje de Rogal Dorn y la revelación de la guerra debían protegerse. El miedo de que sus acciones hubiesen acabado ya con un precario equilibrio de las circunstancias le roía la conciencia. Luther volvería con más preguntas, y posiblemente con los medios para lograrlas. El Edicto de Nikea había prohibido el empleo de psíquicos en las legiones, pero ya habían sido muchas las veces en las que se había demostrado que la necesidad deshacía edictos. Volvió a abrir los ojos.

—¿Cómo es que no te ha visto?

—Porque nosotros decidimos quiénes nos ven.

La pequeña figura envuelta en una túnica seguía en la esquina de la celda: era una silueta de densa penumbra rodeada de un frío halo. Había permanecido inmóvil durante la conversación entre Loken y Luther, con el hueco abierto a las profundidades de la capucha oscuro e insondable. Loken podía sentir su presencia como un campo estático, el roce psíquico de sus palabras dentro de su propia mente. Había algo familiar en aquel ser que no era capaz de identificar, como la cara de un amigo olvidado.

—Has entrado en mi mente, y he percibido cosas que no existían: la oscuridad, la mancha de la disformidad, las posibilidades, los secretos inconfesables bajo las palabras de Luther. Has sido tú.

—Te hemos dejado ver algunas cosas que debías saber, pero tus sentidos son limitados, tu mente demasiado ciega.

—¿Qué eres?

—Eso ya nos lo has preguntado.

—No me has contestado.

—Nosotros… vigilamos.

—¡Habla claro! ¡No confío en ti!

—Tu confianza no es requerida. Te hemos dejado ver lo que debías ver, eso es todo.

—¿Lo que he percibido era real? ¿O sólo lo que querías que percibiera? ¿Era… era esa la verdad?

—Quizá.

—¿No vas a decirme nada más?

—No.

—¿Entonces qué haces todavía aquí?

—Liberarte.

Loken notó que la electricidad estática impregnaba el aire de la celda, que la energía volvía a recorrer su servoarmadura y que su propia musculatura sufría espasmos. Una quemadura actínica recorrió su espina dorsal cuando los anclajes de la interfaz entre el equipo de combate y su cuerpo se vieron de nuevo sacudidos por el paso de la energía. Las cadenas que lo apresaban brillaron y se despedazaron, cayendo pesadamente sobre las losetas a sus pies.

El vigilante de dirigió a la puerta parpadeando en sucesivas posiciones, como si su movimiento hubiese sido capturado en una secuencia incompleta de un pictógrafo.

Loken aseguró magnéticamente sus armas a su servoarmadura, sobre cuyas placas de ceramita crepitaba la electricidad estática que llenaba la celda. La puerta de abrió, y el vigilante parpadeó a través de su umbral, con el oscuro hueco de su capucha aún encarando a Loken.

—Vete. Debes informar a tus señores de lo que has visto aquí.

El corredor estaba silencioso, las antorchas eran unas llamas congeladas en los blandones de hierro que proyectaban unas sombras petrificadas sobre el suelo. Loken miró a los ángeles oscuros que flanqueaban la puerta de la celda, ambos con pálidos tabardos sobre sus negras armaduras, con espadas de dos manos que sostenían firmemente con las puntas entre sus pies, visores de color rubí que miraban fijamente sin ver cómo pasaba delante de ellos. Sus pasos resonaron sobre el suelo de piedra, su ruido casi alienígena en sus oídos, como si fueran pisadas que

traspasaran la membrana de un sueño. El turbio eco de la palpitación de la sangre aumentaba de volumen en sus sienes.

—No podemos proporcionarte mucho tiempo, Loken.

Corrió a lo largo de los corredores perseguido por el eco de sus pasos suspendidos en el aire muerto. Las sombras comenzaron a moverse de nuevo, las llamas de las antorchas a agitarse como hojas de un libro movidas por el viento.

El ángel oscuro venía caminado con una mano reposada sobre el pomo de la espada envainada. Sus ojos se encontraron con los de Loken en el momento en que esté torció la esquina. En un instante la espada del guerrero estaba en su mano crepitando con la energía que recorría la hoja. Loken no estaba allí para matar: era un emisario oculto en una fortaleza cuya lealtad aún era desconocida… o que quizá todavía no había sido decidida. Su mera presencia podría acabar con un delicado equilibrio: una muerte en aquellos corredores seguro que lo haría.

Loken cargó con las manos vacías, y las mantuvo así incluso cuando evitó el mandoble que iba dirigido a partirle en dos la cabeza: se arrojó con todo su peso sobre su oponente en el último momento, embistiendo con los hombros los codos que descendían. El ángel oscuro retrocedió para mantener el equilibrio, y en ese momento las manos de Loken se cerraron a ambos lados de su casco. El guardia cayó, y Loken cayó con él.

Golpearon el suelo con el ruido de un mazo que astillara un bloque de mármol. El ángel oscuro aún aferraba su espada con la mano derecha. Loken percibió el movimiento de la hoja y logró agarrar la muñeca de su oponente. El puñetazo vino de ninguna parte. Los dientes de Loken temblaron, oyó el crujido de su nariz bajo el guantelete de su oponente, notó un zumbido en los oídos y la sangre salpicó el blanco tabardo del ángel oscuro. Instintivamente Loken alzó una pierna y aplastó con ella el brazo libre del guerrero, inmovilizándolo contra el suelo, irguiéndose lo suficiente para descargar sobre él una lluvia de golpes, machacando el frontal de su casco hasta convertirlo en un amasijo retorcido. Las lentes rojizas saltaron en pedazos, y unos ojos verdes derramaron puro odio a través de las cuencas de ceramita fracturada. El guardia se revolvió en el momento en el que Loken intentaba descargar un golpe definitivo, y éste se encontró derribado sobre un

costado, con el brazo derecho inmovilizado bajo el peso de su propia servoarmadura.

El ángel oscuro se puso en pie de un salto, libre para enarbolar la espada por encima de su cabeza.

—¡Quieto!

El guardia giró la cabeza un segundo para ver de quién era aquella voz. Aquello fue suficiente para que Loken pudiera levantarse, apresar los brazos de su rival y empujarlo contra la pared de piedra del corredor, que crujió bajo aquella embestida. La cabeza del guardia golpeó con la pared con fuerza suficiente para aturdirlo, y tras una nueva andanada de golpes la espada se escapó de sus manos.

Loken sólo podía oír su propia respiración entrecortada y ver la sangre que goteaba enmarcando los ojos verdes que lo miraban fijamente a través de las grietas en la placa facial. El ángel oscuro logró apartarlo de sí con un brutal empujón: parecía que su fuerza no hubiese disminuido a pesar de haber sido golpeado casi hasta perder el conocimiento. En un instante estaba moviéndose en busca de su espada.

El proyectil impactó en el ojo izquierdo del guardia y reventó su cráneo en el interior del casco arruinado para después esparcirlo como una nube de sangre y esquirlas de hueso. Loken notó como la servoarmadura del ángel oscuro se volvía un peso muerto entre sus brazos. Había reconocido el sonido del disparo de un bólter patrón Stalker, el zumbido del proyectil y el impacto húmedo de la punta de mercurio. No necesitaba ver al tirador para saber quién había matado a su oponente. Con mucho cuidado, depositó el cuerpo en el suelo.

—¿Qué has hecho? —dijo jadeando.

—Lo que era necesario, chico —respondió Qruze.

—Podríamos haberlo reducido. No era necesario que muriera. ¡Puede que hayas ejecutado a un guerrero leal al Imperio!

—No ha sido el primero, y no será el último.

—Esto quizá provoque las consecuencias que queríamos evitar. Aquí las lealtades aún no se han resuelto, y acabas de desequilibrar la balanza en nuestra contra.

—Posiblemente. Pero aquí está ocurriendo algo que va mucho más allá de lo que inicialmente imaginamos.

Loken se tomó un momento para serenarse. Escupió sobre las baldosas una masa de sangre, saliva y esquirlas de hueso nasal.

—No creo que Luther supiera de la presencia de la disformidad, pero la semilla de la corrupción ya ha llegado hasta aquí. Quizá nuestro mensaje podría haber evitado que arraigara, pero ahora ya no podemos entregarlo.

—Estás en lo cierto, pero nuestra misión nos ha llevado a algo más importante, de una importancia tan vital que mantener secreta nuestra presencia justifica la muerte de este guerrero.

—¿El qué? ¿Qué has encontrado?

—A mí, Garviel —susurró una voz—. Me ha encontrado a mí.

Un ángel oscuro surgió de las sombras tras Qruze como si acabara de solidificarse de la materia de la misma oscuridad. Loken sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. Un ángel esquelético extendía sus alas de hueso en la placa pectoral de la coraza negra como el vacío de aquel guerrero. La lluvia había empapado su túnica, y las gotas repiquetearon cuando la figura dio un paso hacia él. Se movió con un movimiento fluido y relajado que Loken sabía que se podía convertir en un golpe mortal con un parpadeo y sin previo aviso. La cara bajo la capucha empapada de lluvia era dura y carente de expresión… como siempre había sido.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

Loken se giró hacia Qruze con la ira grabada en su cara cubierta de cicatrices.

—¿Qué le has contado?

—Hemos llegado a un acuerdo.

Loken buscó con su mirada los ojos bajo la capucha.

—Iacton está en lo cierto —dijo la figura encapuchada—. Las circunstancias aquí son más complejas de lo que puedas imaginar. La ignorancia es un escudo… y me temo que la verdad que portáis no podría hacer ningún bien en favor del Imperio ni de mi legión.

Loken vio a la figura encapuchada arrodillarse al lado del cadáver a sus pies: recogió la espada y la depositó sobre el cuerpo del ángel caído, colocando sus manos sobre la empuñadura.

—Os conduciré sanos y salvos fuera de Aldurukh.

—¿Y qué harás cuando nos hayamos ido?

—Vigilar y aguardar en silencio. Ese ha sido mi deber por mucho tiempo, y el deber de aquellos que me precedieron.

La figura encapuchada de irguió y avanzó a largas zancadas perdiéndose por el corredor. Loken y Qruze la siguieron, primero andando y después a la carrera: tras ellos, los ruidos de las alarmas resonaron por los corredores ahogando sus pisadas.

—Cuidad donde pisáis, hermanos.

Corrieron a lo largo de túneles y túneles excavados en la roca madre, atravesando antiguas puertas de hierro, dejando atrás puentes que colgaban sobre inmensas grutas naturales. Esporádicamente les parecía oír a sus espaldas el ruido de la caza, pero la figura encapuchada siguió guiándolos a través de aquella oscuridad, de manera que no llegaron siquiera a vislumbrar a sus perseguidores.

Sobre sus cabezas, la tormenta arreciaba a los pies de la escarpada ladera bajo el cielo nocturno. Loken alzó la vista hacia los ahora escasos bosques de Calibán, agitados por la lluvia y el viento entre los humeantes complejos industriales. A su lado Qruze se dirigió hacia la figura encapuchada y alzó un puño sobre su pecho, el viejo saludo de la Unidad.

—Tu servicio será recordado, hermano. No importa lo que ocurra, no se olvidará.

—El recuerdo es algo que no me incumbe. Todos los que servimos en las sombras somos los olvidados. No… esta noche, de hecho, he perdido algo, algo que me habéis arrebatado y que nunca seré capaz de recobrar.

Loken se quedó mirando a su aliado, la única persona en Calibán que sabía la verdad sobre lo que le había ocurrido al Imperio.

—¿Y qué es eso que has perdido? —preguntó.

El ángel oscuro les dio la espalda sin contestar y se dirigió hacia la oscuridad más allá del umbral del túnel que se adentraba en las entrañas de la roca.

Loken miró a Qruze con la pregunta aún en sus ojos. La mirada del viejo guerrero siguió a la figura encapuchada a medida que ésta se desvanecía en la noche.

—El perdón, chico. Ha perdido la posibilidad del perdón.

FIN DEL RELATO